

LA CASA DEL ABUELO (1)

Escribe: MARIO PERICO RAMIREZ

Era de esquina. Sus dos pisos de tapia, abombados y chatos, parecían poco dispuestos a continuar en pie. Los balcones de la parte baja, monacales y tímidos, se arrodillaban sobre la calle, en actitud de oración. Una rejas de madera cuarteada los dislocaban y empequeñecían aún más. Los de la parte alta, tres se tendían agresivos, en tanto que una ventana, circunspecta y monjil, cuidaba de que el estilo del caserón se mantuviera pueblerino y remoto. Blanqueada de cal, en sus portones y aleros un verde ocre sorbía lentamente la lluvia y el sol. Frente a ella, el empedrado de la vía pedigüeno e inútil, lo rodeaba en ángulo, como queriendo protegerla, aislándola del resto. Dos abras de madera tosca y crujiente, remachadas por unos clavos de cabeza plana, terminaban de darle un continente de silencio y austeridad.

Durante el colegio, su figura se me aferraba a la mente como una idea fija. Y cuando en las vacaciones llegaba a ella, descansaba de pronto, teniéndola ya no dentro de mí, sino formando un cuerpo sustancialmente conjugado por el verbo estar. De niños, el sentido de posesión se nos agudiza. Su filo cóncavo y desnudo, parte y astilla el mundo del egoísmo. Lo desmenuza tanto que lo riega transformando en polvo la soledad por todas las oquedades del ser. Desear es tener. Confundimos la transitoriedad del primero con la seguridad del segundo, para gozar a pleno espacio del dominio de lo que poseemos. Así, la casa de mi abuelo, sin que nadie lo supiera, era mía, con el único título de los diez años.

Situada en un pueblecito boyacense de nombre de pesebre y con estrellas permanentes sobre el cielo, guardaba en su interior la figura menuda y malhumorada de mi abuela, junto con una tropa de sirvientes. Cuando desde la carretera divisaba esa manotada de casas y de tejados, apiñados y quietos, una alegría dolorosa se me trepaba pecho arriba. El monte, con sus mortíales y uvas; la estancia con su patio salpicado de tierra y de maíces; el río con sus aguas transparentes y frías; el mercado con las tiendas de lona de los mercachifles y sus baratijas bienaventuradas que le abrían el apetito a mi retina ansiosa; la venta de sal de don Fernando, viejo bendito, cetrino y alto, con sus barbas tibias, grisosas, que le caían de repente sobre la ruana oscura como una mano bondadosa descol-

(1) Del libro "Prólogos Impaciencia", Bogotá, 1962.

gada del cielo. Allí estaban intactas, esperando mi regreso, para que las gozara tanto como pudiera mi pequeña humanidad.

La algaraza de los saludos me mortificaba un poco. En ese entonces me importaban más las cosas que las personas, y la estridencia de las palabras me impedía darles la bienvenida a mis objetos: el zaguán, enlozado y sonriente con sus vitelas de santos y cazadores; el patio con su naranjo y sus rosales, sus geranios y hierbas olientes a madrugada; la baranda eterna y carcomida; el escaño y el reloj; el comedor esterado con su sillón viejísimo recostado contra la pared en una mixta actitud de cansancio y alerta; la puertecita baja y disimulada de la tienda que se agazapaba en una esquina como una beata desmirriada y roñosa; en fin, la casa de mi abuelo, a quien nunca conocí y al cual, no se por qué siempre me lo imaginaba enjuto, con un gran sombrero de jipijapa y unos ojos azules sonriéndole a mi madre.

Esto apenas era el comienzo. Me faltaba darles un silencioso recorrido a todas las alcobas y pasillos. Ir a la pesebrera, donde el olor de la alfalfa y el estiércol integraban para mí un perfume especial, denso, masculino, que me entraba en los pulmones como una corriente ácida de virilidad. Mirar los galápagos y zamarras colgando de horquetas torcidas. Ver los rejos contorsionados y redondos. Y darle las buenas tardes a un pino lacio y grave que, en el fondo, se empeñaba en sobrellevar su soledad con displicencia. Luego, pasar a la cocina, enmurada de una costra de hollín y de humo. Con sus fogones crepitantes y sus ollas y botijas de Tunazá, apiladas, cerca de las piedras romas del hogar. Después, abrir la portezuela que daba al solar, chiquita y rota, para caminar casi en puntillas hacia la "toma", donde el agua, retozona y puntiaguda, recogió mis primeros sueños.

El segundo piso era una obra de arte de inutilidad. La escalera, con fantasmas y ruidos metálicos, según decían las gentes, enladrillada a retazos, soportaba mis angustias y miedos. La recorría en volandas, temeroso de su leyenda negra, y cuando los tablones de sus últimos peldaños crujían me sentía a salvo de mancaritas y moanes. Llegaba jadeante a un descanso amplio sobre el que se abrían tres puertas. Los uniformes y cañones de la guerra ruso-japonesa me salían al paso con sus imágenes bélicas, pegadas a lo largo de los muros, con tachuelas. A la izquierda un corredorcito bamboleante, con un final ridículo de palangana y jarro esmaltados, ponía punto y raya a la edificación. Un boquete de serranía y de paisaje quebraba la blancura de la pared. Por él, cuando me bañaba, miraba el desfile de campesinos con sus cargas a cuestras subir por el cerro para perderse en el horizonte.

La sala alfombrada y sucia era mi sitio predilecto. Rara vez los postigos de los balcones se abrían, y allí, en un rincón oscuro, entre miles de estampas religiosas y la litografía de un Napoleón gordo y vencido, me sentaba para sentir cómo la oscuridad apretaba sus círculos sobre mi cabeza.

La casa de mi abuelo, a quien nunca conocí, y a quien siempre me lo imaginé enjuto, con un gran sombrero de jipijapa y unos ojos azules sonriéndole a mi madre, fue mía con el único título de mis diez años.